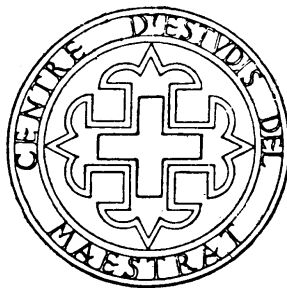


**LA IGLESUELA
Y SU ERMITA DEL CID:
Documentos para su historia (I)**



**PUBLICACIONS DEL
CENTRE D'ESTUDIS
DEL MAESTRAT**

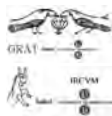
COLABORAN EN LA PRESENTE EDICIÓN:



AYUNTAMIENTO DE IGLESUELA DEL CID



CENTRE D'ESTUDIS DEL MAESTRAT



GRAT. IRCVM - UNIVERSITAT DE BARCELONA



PORTADA:

Juan Carlos Palau

© Pere-Enric Barreda

© de la presente edición,

Ayuntamiento de La Iglesuela del Cid - Centre d'Estudis del Maestrat

Edita: Centre d'Estudis del Maestrat

ISBN: 978-84-937722-1-5

Dep. Legal: CS-

Imprime: Jordi Dassoy - Impressor, Sant Carles de la Ràpita

**LA IGLESUELA Y SU ERMITA DEL CID:
Documentos para su historia (I)**

PERE-ENRIC BARREDA

Con la colaboración de Ferran Arasa,
capítulo “Prehistoria y Antigüedad”

Índice

Presentación

Prehistoria y Antigüedad (F. Arasa Gil)

Historia de la investigación

Prehistoria

Edad del Bronce

Cultura Ibérica

Época romana

- Las inscripciones

- El monumento funerario

Periodos visigótico y andalusí

Baja Edad Media: Siglo XII

La leyenda del Cid

El gran término de Alcañiz (1157-1179)

El avance de la conquista: Teruel y Noched

La conquista y población de la Bailía

El topónimo *Cid / Sit* y sus variantes

Tres años decisivos: 1196-1198

Siglo XIII

De la donación de Cantavieja a su población (1212-1225)

El paso de Jaime I por La Iglesuela (1231 y 1233)

La carta de población de 1242

Los nuevos pobladores

La imagen y ermita de la Virgen del Cid (s. XIII)

La mejora de la población de Cantavieja

Los límites con Mosqueruela (1265-1272)

Los límites con Morella y Cantavieja (1280-1284)

Los pergaminos de La Iglesuela

La genealogía de Castellot (1283)

Siglo XIV

- El fin de la orden del Temple (1307-1308)
- El dominio real (1308-1317)
- La llegada de la orden del Hospital (1317-1318)
- El pleito con Mosqueruela (1318-1322)
- El compromiso y arbitraje con Morella (1320)
- La jurisdicción del rey en apelaciones (1325-1329)
- El comendador fray Guerau Satallada (1334-1360?)
- El derecho de hueste y cabalgada (1336-1386)
- La guerra de la Unión (1347-1348)
- El homenaje y juramento de fidelidad; las pechas (1350)
- Los molinos de la orden (1353-1395)
- La guerra con Castilla (1354-1366)
- La décima papal (1355-1456)
- Las fundaciones eclesiásticas (1358-1392)
- La casa de Argavieso (Calatayud) (1358)
- El comendador fray Domingo Ximénez de Urrea (1362?)
- El pleito con los Alagón (1378)
- Fray Gonzalo de Funes, comendador (1379-1411)
- Concesiones del rey don Juan (1383-1394)
- Concesiones del rey don Martín (1398-1400)

Siglo XV

- La exención de nuevas imposiciones (1402)
- Los límites con Portell (1407)
- Dos retablos de la iglesia medieval (1412 - 1459)
- El libro de la Bailía (1428-1470)
- La guerra catalana y la Bailía capitular (1462-1467, 1473)
- Los censos de 1489 y 1495

Historia Moderna: Siglo XVI

- La iglesia parroquial y la ermita del Cid (1518-1546)
- Los libros parroquiales (1517)
- La familia Aliaga (1520)
- El pleito por los consejos y ajustes (1533-1535)
- Visita a la iglesia por la orden (1535)

El comendador fray Juan Miguel Castellar (1550-1554)
Nuevas fundaciones eclesiásticas (1555-1592)
La casa de Colau Trillas y el herrero artista (1567-1568)
El arzobispo de Zaragoza recupera la iglesia (1570-1576)
Las obras de la nueva iglesia (1572-1577)
El pleito de los vicarios (1583-1585)
Los capítulos de donativos y ofertas (1586?)
La familia Estevan (1588)
El comendador fray Alonso Muñoz (1600)

Siglo XVII

La ermita del Cid (1601-1702)
La visita pastoral de 1601
La familia Daudén (1605)
El comendador fray Bernardino Abarca (1609-1620)
El comendador fray Jaime Ruiz de Nuevos (1622-1623)
El comendador fray Francisco Sanz (1626-1628)
El comendador fray Vicente Carroz (1640-1652)
El pleito de las horcas (1644-1645)
El censo de 1646 y la peste de 1648
El comendador fray Francisco Pérez de Oliván (1655-1662)
El comendador fray Pedro Dávalos (1667-1671)
El comendador fray Félix Íñiguez (1672-1679)
La ermita de Loreto (1685)
El comendador fray Lorenzo Galván (1693-1706)

Siglo XVIII

Las leyes municipales (1701)
Las construcciones y fundaciones eclesiásticas (1702-1789)
La guerra de Sucesión (1705-1711)
La ermita del Cid (1706-1803)
El corregimiento de Alcañiz (1711-1833)
La *Torre de David* de Alejandro Piera (1712)
El comendador fray Vicente Carroz (1713-1717)
El comendador fray Antonio de Azlor (1717-1721?)
El comendador fray Estevan de Lores (1722-1727)

Solicitud para la ampliación de la iglesia (1724)
El pórtico del Blinque y la casa Daudén (1729-1732)
El compositor Bernardo Miralles (1731-1769?)
Las obras de la iglesia (1733-1748)
El comendador fray Juan Esteban de Pueyo (1733-1739)
Las dos ramas de la familia Matutano (1740)
Reclamación por el cambio de baile (1741)
El comendador fray Pablo Togores (1744-1748)
El pleito por la décima (1745-1754)
La visita pastoral de 1746
El hornaje de las masías (1746)
El comendador fray Vicente Lafiguera (1754-1773)
La capilla de los Dolores (1756-1763)
El horno nuevo (1759-1761)
Los pleitos del juramento y banco del Ayuntamiento (1761)
Cuatro censos: 1768-1769, 1776, 1778 y 1782
La infanzonía y vínculo de José Luis Matutano (1768-1770)
La visita pastoral de 1774
El comendador fray Nicolás Texedor (1776-1802)
Los gastos de la iglesia (1777)
El pleito de cerramiento de heredades (1779-1788)
El censo de Floridablanca (1787)
Las descripciones de Ponz y Asso (1788-1798)
Una herencia fructífera en Benassal

Historia Contemporánea: Siglo XIX

La “Descripción de La Iglesuela” (1801)
La guerra de la Independencia (1808-1814)
El trienio constiucional (1820-1823)
Mosen Carlos Puerto, cura (1828-1872)
Episodios de la primera guerra carlista (1833-1844)
El juzgado civil (1840-1936)
El pleito del cerramiento de heredades (1844-1845)
El estado religioso y de bienes eclesiásticos (1849)
La descripción de Madoz (1850)
Joaquín Salvador y Benedicto (1855-1896)

La venta de los bienes de la ermita del Cid (1865-1869)
La evolución de la parroquia (1877)

Siglo XX

Las cuatro carreteras (1905-1929)
El capitán Jaime Solsona (1928)
La guerra civil (1936-1938)
El testimonio de Manuel Matutano
La ocupación (1938)
La dura represión (1938-1948)
El estado religioso en 1951
La descripción de 1959
El inventario artístico de 1974
La promoción del turismo (1977-1979)
La declaración de Conjunto histórico-artístico (1982)

Documentos

1. Donación del castillo de Cantavieja (1212)
2. Límites del término de Cantavieja (1225)
3. Carta de población de La Iglesia del Cid (1242)
4. Posesión y homenatge a la orden del Hospital (1317)
5. Procura de los vecinos de La Iglesuela (1349)
6. Carta del castellán de Amposta (1349)
7. Capítulos entre el comendador y los vecinos (1349)
8. Procura de los vecinos de La Iglesuela (1350)
9. Homenaje de los vecinos al comendador (1350)
10. Cesión del Molino Alto (1353)
11. Carta sobre hueste y cabalgada (1586)
12. Extracto de escrituras de la Parroquia (1518-1790)
13. Convenio de las Bailías con Culla (1521)
14. Procura de los vecinos de La Iglesuela (1535)
15. Inventario de bienes de la orden (1554)
16. Libro de Establimientos de La Iglesuela (1701)
17. Inventario de fondos del archivo (2007)

Ilustraciones

Bibliografía

PREHISTORIA Y ANTIGÜEDAD

Ferran Arasa Gil
(Universitat de València)

La historia de la Iglesuela del Cid se inició hace varios milenios cuando algunos grupos humanos empezaron a establecerse en las tierras que hoy comprende su término municipal. Un mínimo de trece yacimientos y algunos antiguos hallazgos de objetos arqueológicos atestiguan esta antigua ocupación. Por contar con textos escritos y por la monumentalidad de los restos que nos han dejado tenemos mayor información de los periodos ibérico y romano, pero de los siglos posteriores hasta la fundación del municipio, y sobre todo de la larga etapa prehistórica, nuestros conocimientos son tan escasos que casi podemos decir que esta parte de la historia de la Iglesuela del Cid todavía está por escribir. Para esbozar las grandes líneas de la antigua presencia humana en el término municipal nos basaremos en los trabajos de prospección realizados, que no han sido exhaustivos, y en los materiales arqueológicos recogidos en superficie, que no siempre permiten una clara adscripción cultural y una cronología precisa de los yacimientos. Por ello, podemos decir que aquí sólo presentamos una aproximación histórica que posteriores estudios deberán contrastar y posiblemente corregir, a medida que la investigación vaya progresando. Al mismo tiempo, este capítulo intenta ser una puesta al día de los estudios anteriormente realizados y una síntesis de los trabajos publicados sobre los periodos más remotos de la historia de la Iglesuela del Cid.

La proximidad de la Iglesuela del Cid a tierras valencianas, la fluidez de unas relaciones que tanto nos aportan a todos, es la razón por la que diferentes estudiosos de esta procedencia, como es mi propio caso, se hayan interesado por la historia más remota de este municipio y sobre todo por el importante yacimiento del Morrón del Cid. En el campo de la arqueología éste ha contribuido a que el nombre de la población sea un poco más conocido: las inscripciones ibéricas y romanas y el monumento funerario de esta misma época parcialmente conservado son elementos excepcionales que hoy figuran en las páginas de la arqueología española y europea. Este yacimiento también es, por lo prolongado de su ocupación e importancia, el lugar donde mejor se sintetiza la historia de la Iglesuela del Cid hasta la fundación del municipio en el siglo XIII.

HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

La importancia de los restos arqueológicos encontrados en el término de la Iglesuela del Cid, particularmente de las inscripciones ibéricas y romanas halladas en el Morrón del Cid, hizo que desde bien pronto el nombre de la población apareciera mencionado en las obras de historiadores y anticuarios, tanto aragoneses como valencianos. Las noticias sobre la existencia de epígrafes, según lo conocido hasta ahora, comienzan a principios del siglo XVII y van pasando de un autor a otro en los siglos posteriores. Buena parte de estas noticias quedaron en manuscritos que se conservan en archivos y bibliotecas, en su mayoría cartas y anotaciones que constituyen una importante fuente de información sobre las antigüedades de la Iglesuela del Cid. La referencia más antigua que conocemos corresponde a la inscripción ibérica actualmente conservada en el interior de la ermita de la Virgen del Cid (Untermann, 1990: MLH E.8.1). El historiador valenciano Escolano (1610) recoge su existencia en una de las primeras referencias a textos escritos en este alfabeto: “se ve una (inscripción) dentro de la iglesia de letra antigua española”. Sin duda se refiere a la copia pintada todavía hoy visible, pues sabemos que el original sobre piedra fue trasladado al lugar que hoy ocupa siglos más tarde; de ello puede deducirse que posiblemente Escolano no debió visitar el lugar y sabía de su existencia por otro autor desconocido. Otro tanto puede decirse del historiador aragonés Lastanosa (1645a y b), que la menciona pocos años después. Ignoramos, por tanto, quién informó a ambos.

En el siglo XVIII mencionan esta inscripción diversos autores como el valenciano Ximeno (1747) y el estudioso de los alfabetos prerromanos Velázquez (1752). Posiblemente este es el autor de unas notas manuscritas conservadas en la Real Academia de la Historia (RAH) que pueden fecharse hacia mediados de siglo (ms. CAI-TE/9/3929/1(1)), en las que figura un croquis de la “puerta de un pajar o casilla” donde se representa la inscripción. Hacia 1754 –año en el que envió al padre Flórez una copia del texto– el fraile dominico y cronista de la ciudad de Valencia Sales la menciona en uno de sus manuscritos, en el que reproduce una nota recibida de un informante anónimo, que fue copiada a su vez por el también dominico y cronista de Valencia Ribelles (ms. 17). Su informante añade que “De estas letras hay muchas, pero en varios pedazos, juntas solo hay estas”. En 1756 la cita el también valenciano Mayans, que corrige las lecturas de Escolano y Lastanosa (Abad y Abascal, 1999). A finales de siglo también menciona esta inscripción en unas notas manuscritas el fraile

mercedario Dempere (s. a.). De estos mismos años, una referencia fundamental en la historia de las inscripciones ibéricas conservadas en la ermita es la del anticuario irlandés Conyngham (1790), que añade otros dos textos ibéricos y localiza con precisión los tres epígrafes. El autor, cuya obra ha sido traducida al castellano (Estellés y Pérez, 1991; Martín y Rodríguez, 1994), no debió verlas personalmente porque explica que le proporcionó la información el estudioso valenciano Pérez Bayer, por entonces director de la real biblioteca de Madrid, de quien hasta el momento no se conoce ninguna referencia directa a estas inscripciones. Según Conyngham la primera inscripción conocida se encontraba empotrada a la izquierda del dintel de la puerta de la “Masía de la Terrada”, situada cerca de la ermita, mientras que las dos que menciona por primera vez estaban situadas a la derecha de la puerta de entrada al patio de la ermita (MLH E.8.2) y a la izquierda de la puerta de la casa de la ermita (MLH E.8.3), respectivamente, donde todavía hoy pueden verse. Dos de estas inscripciones fueron recogidas también por el académico de la RAH Campiello en un manuscrito de 1819 conservado en los archivos de esta institución (CAI-TE/9/3929/1(2)): la conservada “sobre la portada de la teñada” (MLH E.8.1) y otra que “se halló en un sepulcro” (MLH E.8.2). Finalmente, el médico y anticuario Ferrer Julve, natural de Mirambel y miembro fundador de la *Sociedad Arqueológica Valenciana* (SAV), la menciona en un manuscrito de 1876 donde especifica que se encontraba “en la puerta de una teñada ó pajar, mirando al Norte” (Ferrer, 1876).

La primera inscripción siguió en la masía hasta finales del siglo XIX, pues sabemos por las memorias de la SAV que en 1873 todavía permanecía “en la casa a poniente de la ermita” (Biosca, 1876). Esta entidad se fundó en 1871 y contaba con socios corresponsales en numerosas poblaciones (Goberna, 1981), entre los que figuraban el párroco de la Iglesuela del Cid C. Puerto y el farmacéutico J. Salvador (Papí, 2002). Ferrer Julve, que visitó la ermita en 1876, señala sobre esta inscripción que “en mi concepto se debiera arrancar de donde está y empotrarla en el interior del templo donde no se deteriorará tanto”. Consciente del peligro que corría en este lugar, la SAV escribió al ayuntamiento de la población para que velara por su salvaguarda (Biosca, 1877), y en 1880 fue trasladada al lugar que hoy ocupa (Arigó, 1881). En esta iniciativa debió tener un importante protagonismo Salvador (1890), conocido botánico y farmacéutico –entre 1856 y 1859 en la Iglesuela del Cid, desde este año hasta 1872 en Villafranca (Monferrer, 1993)– que publicó un opúsculo en el que reunía las principales antigüedades conservadas en las paredes de la

ermita: “La lápida que contiene la inscripción celtibérica estuvo muchos años colocada en la puerta de un pajar situado al poniente de la ermita hasta el año 1880, en que, gracias a las gestiones practicadas por el que esto escribe con el dueño de dicho edificio, se consiguió colocarla dentro de la iglesia”. Se trata de la primera actuación conocida en la población encaminada a la protección del patrimonio arqueológico.

Estas y otras referencias bibliográficas fueron reunidas por el estudioso alemán Hübner (1893, MLI XV) en la primera publicación que reúne todas las inscripciones prerromanas de la península ibérica. Con posterioridad numerosos autores la han incluido en sus recopilaciones de textos y estudios sobre el léxico ibérico, entre los que podemos destacar a Gómez Moreno (1949), Tovar (1951), Maluquer (1968), Siles (1985), Silgo (1994) y sobre todo Untermann (1990).

En cuanto a las inscripciones romanas halladas en el yacimiento y conservadas en su mayor parte en la ermita, Escolano (1610) relata que “en las paredes de la ermita se ven muchas piedras con sus letreros de tiempo de romanos”, aunque no transcribe ninguna. A mediados de este siglo aparecen las primeras referencias a estos epígrafes en manuscritos de diferentes anticuarios. Así, Lastanosa (1645b) transcribe tres de las inscripciones latinas del yacimiento, una actualmente borrada o perdida (*CIL* II²/14, 777), y las otras dos conservadas en las esquinas de la ermita (*CIL* II²/14, 778-779). Sus indicaciones permiten deducir que no las vio personalmente, pero ignoramos quien fue su informante. Su manuscrito no se conserva, pero el numismático Velázquez (1753/54) pudo consultarlo y en sus notas recoge las inscripciones allí citadas, indicando que su fuente es Lastanosa. Aquí se inicia uno de los errores de transmisión de las inscripciones romanas de la Iglesuela del Cid: como hay dos que presentan el mismo texto, aunque una de ellas sólo conserva visible su mitad izquierda, Lastanosa pensó que se trataba de la misma inscripción transcrita dos veces y así lo recogió. Esta omisión de uno de los dos textos idénticos pasó más tarde a otros editores que tampoco conocían directamente las inscripciones. Desde entonces las referencias a los epígrafes de la población serán continuas hasta el presente.

En el mencionado manuscrito de Velázquez (s. a.) que puede fecharse hacia mediados del siglo XVIII y se conserva en la RAH (CAI-TE/9/3929/1(1-2)) figuran los dibujos y la localización precisa de estas tres inscripciones. En estas mismas fechas Panel (*ca.* 1750) menciona por vez primera la inscripción

CIL II²/14, 775 y copia *CIL* II²/14, 778. Por la misma época Sales cita cuatro inscripciones en sus notas, extraviadas pero reproducidas por Ribelles (ms. 17): las dos visibles en las esquinas de la ermita y las dos conservadas en el vestíbulo de la misma. La placa de brocatel, conservada actualmente sobre un pedestal, debía haberse hallado pocos años antes, ya que Sales guardaba la nota de un religioso llamado Ferrer donde le informa de su hallazgo: “Labrando uno sacó con la reja del arado una piedra con esa inscripcion”. Panel y Sales parecen ser, por tanto, los primeros autores que conocieron este epígrafe. En 1801, Clemente, natural de Mirambel, recoge en un manuscrito las dos inscripciones conservadas en las esquinas y la placa de brocatel. Cuando Hübner (1867) editó el primer volumen de su obra sobre las inscripciones latinas de Hispania, desconocía estos manuscritos y se basó en la noticia de Campillo de 1819. Al ver un texto repetido pensó que debía tratarse de un solo epígrafe que por error se había copiado dos veces, de manera que no incluyó la inscripción partida de las dos idénticas ni la placa de brocatel cuya existencia desconocía. En el segundo volumen de su obra, Hübner (1892) intentó enmendar parte de su error incluyendo la primera, pero la reprodujo entera sin saber que estaba partida.

En 1876, Ferrer Julve reproduce las cuatro inscripciones conservadas y explica que la de brocatel se encontraba “en un pilar de los pórticos” y la que está medio borrada “sirve de asiento en el banco de la casa contigua al ermitorio” (*CIL* II²/14, 776). Salvador (1890) destaca la existencia de otras inscripciones ya desaparecidas en su tiempo: “A principios de este siglo todavía subsistían otras lápidas romanas esparcidas por los alrededores de la ermita, pero los concurrentes a ella se han encargado de irlas borrando por la falta de conocimientos arqueológicos”. Con seguridad este es el caso del texto incompleto que cita Velázquez (s. a.), que Salvador ya no conoció (*CIL* II²/14, 777). Posteriormente, las inscripciones de la ermita de la Virgen del Cid han sido citadas por numerosos autores, entre los que destacan Ventura (1975), Alföldy (1977), Lostal (1980), Atrián y otros (1980), Arasa (1983 y 1987a), Corell (1992) y, más recientemente, Navarro (1994), Alföldy (1995: *CIL* II²) y el mismo Corell (2005).

A principios del siglo XIX el cronista Ribelles, basándose en en unas notas de Sales, reproduce y describe los relieves conservados en las paredes de la ermita. También Campillo (1819) ilustra el capitel y la roseta. Más adelante, Ferrer (1876) reproduce la roseta, el capitel y un elemento de pilastra. Por las mismas fechas Biosca (1876) cita el relieve de los delfines, y pocos años más

tarde Salvador (1890) lo reproduce junto a los elementos de pilastra y el capitel. Con posterioridad pasaron desapercibidos hasta la publicación del trabajo de Ventura (1975) sobre las inscripciones de la provincia de Teruel, en el que apunta la posibilidad de que pertenecieran a un monumento romano. Ello se confirma en el primer estudio de conjunto sobre el yacimiento (Arasa, 1983), donde además se describen la muralla ibérica, la cisterna, el acueducto y las vías romanas y un numeroso lote de material mueble. Pocos años más tarde el autor de este capítulo publicó un artículo sobre el monumento romano en el que se analizan los elementos arquitectónicos, epigráficos y decorativos y se abordan cuestiones como su tipología y datación (Arasa, 1987a).

En 1712 Alejandro Piera, natural de la población y párroco de la misma, compuso una obra manuscrita titulada *Torre de David* que no se conserva pero todavía pudo consultar Salvador (1890), donde hacía referencia a las inscripciones y elementos arquitectónicos que creía formaban parte de la ermita primitiva. Hacia mediados de este mismo siglo tenemos la primera noticia sobre la importancia arqueológica del yacimiento de manos del cronista valenciano Sales, cuyas notas copió Ribelles (ms. 17) y reproducimos en parte por su especial importancia: “(La población) Antiguamente estuvo en el extremo de un montecillo, que remata en punta, circuido de peñas de forma que no puede subirse á el sino por la parte de poniente, que es su entrada llana. Esta la cortaron con una muralla fuerte, dexando dentro entre las peñas bastante capacidad para una población corta, como se ven los vestigios, y se conoce sirvio de castillo o fortaleza en lo antiguo, y que estuvo habitado de romanos, y aún más antiguo. Dentro de este distrito se ven dos cisternas cavadas en la peña, y á ellas llevaban el agua de tres cuartos de hora. Hoy se conservan los arcaduces, pero no corre el agua por ellos por la incuria de los paisanos, asi presentes como pasados, habiendose perdido muchos de ellos. (...) Años después se le hizo iglesia fuera de el recinto dicho en el llano. Con eso quedó abandonado el primitivo puesto, y hoy sirve de campo para la labranza. De aquí sacaron toda piedra para la fabrica dela iglesia nueva de la Virgen; pero los fabricantes no cuidaron de recoger las muchas piedras escritas que se hallaron, y así unas las partieron, otras las pusieron dentro la fábrica, y otras las dexaron descubiertas, y son las que van aquí puestas”. Además de las cuatro inscripciones y los relieves, Sales se refiere por vez primera a la muralla ibérica y al sistema de aprovisionamiento de agua.

Dada la importancia de los restos antiguos encontrados en el Morrón, a finales del siglo XVIII el historiador Traggia (1792) sitúa la ciudad de *Adeba* –mencionada únicamente por el geógrafo Ptolomeo en el siglo II dC– en la

Iglesuela del Cid o en sus cercanías. Esta propuesta tuvo buena acogida entre los historiadores locales y así la vemos recogida en la obra de Salvador (1890), quien identifica el Morrón del Cid con esta ciudad. En los últimos años el investigador valenciano Corell (2005; Corell y Gómez, 2005) la han retomado basándose en argumentos que examinaremos más adelante.

Además de los restos romanos e ibéricos conservados en el yacimiento del Morrón del Cid, en la segunda mitad del siglo XIX –con la aparición de los primeros trabajos sobre la Prehistoria– se dan a conocer algunos hallazgos de interés en el término municipal de la Iglesuela del Cid que aparecen reunidos en la *Carta Arqueológica de Teruel* (Atrián y otros, 1980) y en un artículo de quien esto suscribe (Arasa, 1985-86). El primero es el de un cráneo encontrado en la Cueva del Turcacho en 1854 que se llevó a la Exposición Universal de París de 1878 (Jover, 1935; Hoyos, 1947). Posiblemente este cráneo llegó a Madrid y más tarde se seleccionó para exhibirlo en dicha exposición, en la que se celebró un Congreso Antropológico al que asistió el geólogo valenciano mencionado J. Vilanova y Piera. A lo largo de este siglo se produce el hallazgo de varias piezas arqueológicas, algunas todavía conservadas, pero de las que desconocemos su procedencia concreta. Es el caso de un hacha de bronce de apéndices laterales procedente de la colección del geólogo valenciano Vilanova y Piera que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, de otra hacha plana citada por el arqueólogo catalán Bosch Gimpera (1923) y conservada en el mismo museo y de una hoja de sílex que este mismo investigador pudo ver en el Museo de Historia Natural del Instituto de Enseñanza Media de Castellón.

La primera relación de hallazgos del Morrón del Cid la realizó el historiador de Morella Segura y Barreda (1868), quien según él mismo explica guardaba en su colección arqueológica diversos objetos de este yacimiento, entre ellos posiblemente algunas monedas. Sigue la de Salvador (1890), que en parte reproduce la anterior. En las primeras décadas del siglo XX puede situarse la primera actuación arqueológica, pues sabemos que M. Matutano realizó una excavación en una pequeña cavidad existente en el margen izquierdo del Barranco del Cid que hoy se conoce con su nombre. Hacia 1922 el mismo Matutano contrató al pintor castellonense Porcar para que le decorara alguna estancia de su casa en la Iglesuela del Cid (Arasa, 1991a). Éste, aficionado a la arqueología, realizó excavaciones en el Morrón del Cid para enriquecer la colección de aquél y recogió algunos fragmentos de cerámica y metal que en 1949 donó con toda su colección arqueológica al Museo de Bellas Artes de Castellón, donde se conservan.

Esta síntesis de la historia de la arqueología de la Iglesuela del Cid no puede cerrarse sin destacar las actividades desarrolladas por Fidel A. Puig en relación con el yacimiento del Morrón del Cid en las décadas de 1970-80, con diferentes iniciativas para darlo a conocer y exponer algunos materiales arqueológicos, que quedaron sintetizadas en su libro sobre la población (Puig, 1988). Finalmente, quien esto suscribe exploró el término municipal, y particularmente el yacimiento del Morrón del Cid, en esta misma época y publicó los trabajos mencionados, depositando los materiales arqueológicos recogidos en el Museo de Teruel donde se conservan (Arasa, 1983, 1985/86 y 1987a).

PREHISTORIA

Los primeros restos de ocupación humana en la comarca se han encontrado en la Cueva de los Toros de Cantavieja, que presenta niveles del Paleolítico Medio (Musteriense) de una antigüedad de 30.000 años y otros posteriores hasta el Neolítico (5.800 años) (Utrilla y Álvarez, 1986; Montes, Utrilla y Martínez Bea, 2006). Más reciente es el abrigo de la Roureda (Villafranca), situado al otro lado de la Rambla de las Truchas en el valle de la Puebla de San Miguel, con niveles Epimagdalenenses de finales del Paleolítico Superior y una antigüedad aproximada de 12.000 años (Roman, 2010). Sin duda el grupo de cazadores-recolectores que acampó estacionalmente allí recorrió en numerosas ocasiones las tierras que se extienden a ambos puntos de la Rambla.

Las primeras evidencias de ocupación humana en el término municipal de la Iglesuela del Cid se han hallado junto a la Rambla de las Truchas. Aguas abajo del caserío de la Puebla de San Miguel, en las terrazas que se extienden por su margen izquierda se encuentran algunos fragmentos de cerámica fabricada a mano, de factura tosca y superficie lisa, y algunas piezas de sílex informes (Arasa, 1985-86). Aunque se trata de restos que no pueden ser fechados con seguridad, posiblemente se trata de un yacimiento del Neolítico final o del Calcolítico, entre el IV y el III milenio aC. Tal vez de esta época también fuera una hoja de sílex blanco de 14 cm de longitud que pudo ver Bosch (1923) en el antiguo Museo de Historia Natural del Instituto de Enseñanza Media de Castellón, procedente de un lugar indeterminado del término municipal de la Iglesuela del Cid.

Algo más reciente parece el inicio de la ocupación del Morrón del Cid, donde se ha encontrado una punta de flecha de sílex de forma romboidal con

apéndices laterales que puede fecharse en el periodo Calcolítico (Lámina I, 1), hacia el III milenio aC (Arasa, 1983). Pudo pertenecer al ajuar funerario de algún enterramiento situado en una de las cavidades existentes en la base del banco rocoso del Morrón del Cid. Tal vez en relación con este hallazgo, Salvador (1890) señala que en una de ellas, conocida como la Cueva de los Moros, se encontraron restos humanos. Aunque se trata de una pieza aislada, permite fijar con aproximación la primera fase de ocupación del yacimiento en dicho periodo. Es entonces cuando las comunidades humanas empiezan a ocupar lugares elevados con condiciones naturales para la defensa y a construir las primeras fortificaciones. Entre los distintos lugares de estas características que ofrece el término municipal de la Iglesuela del Cid, el Morrón del Cid es sin duda el más apto para la ocupación. Se trata de la extremidad apuntada de una loma hendida por los barrancos de del Cid y San Antonio, que se levanta sobre la Rambla de las Truchas a 1.242 m de altitud. Posiblemente esta moderada altitud, su mayor accesibilidad y posibilidades defensivas y la proximidad a un curso fluvial y a las tierras de cultivo son los factores que explican su ocupación a lo largo de varios milenios.

EDAD DEL BRONCE

Los restos pertenecientes a la edad del Bronce, durante el II milenio y principios del I aC, son más numerosos y prueban un significativo aumento de la población. Los lugares ocupados presentan las mismas características que en el periodo anterior, pero ahora su número es mayor. Además del Morrón del Cid, se encuentran vestigios de este periodo en el Puntal del Moro y otros de atribución insegura en la Peña del Morrón. En el caso del Morrón del Cid, la ocupación continuada ha borrado cualquier vestigio constructivo anterior al periodo ibérico, y las cerámicas son los únicos restos que permiten precisar su ocupación en esta época. Los escasos bordes y fragmentos decorados pueden situarse en el Bronce Final, entre finales del II milenio y principios del I aC. El Puntal del Moro es un espolón rocoso orientado al sur que se levanta sobre el Barranco de la Tosquilla a 1.510 m de altitud. Su único acceso, por el norte, está protegido por una muralla reforzada con una torre, que ahora adopta la forma de un alto montículo de piedras y tierra. Parece presentar una sola fase de ocupación en este periodo, sin que podamos precisar más. Finalmente, en la Peña del Morrón, otra formación rocosa apuntada que se levanta sobre la población a una altitud de 1.460 m (Lámina I, 3), se han encontrado algunos

fragmentos cerámicos fabricados a mano que podrían corresponder a una primera fase de ocupación en este periodo (Arasa, 1985-86).

También algunas cuevas del término municipal han proporcionado restos de la edad del Bronce. La Cueva de la Bonifacia está situada en el Barranco del Cid, cerca de la Rambla y frente al Morrón del Cid, a unos 1.110 m de altitud, y en ella se han encontrado fragmentos de cerámica y huesos de este periodo. Por su proximidad, posiblemente esté relacionada con este asentamiento. Por otra parte, como hemos visto anteriormente, en la Cueva del Turcacho, situada a unos 1.220 m de altitud, se encontró en 1854 un cráneo considerado prehistórico (Hoyos, 1947), que pudo pertenecer a un enterramiento en cueva del Calcolítico o de la edad del Bronce que podría fecharse entre el III y el II milenio aC. Finalmente, en una pequeña cavidad situada en el margen izquierdo del Barranco del Cid, frente al Morrón del Cid, denominada la Cueva de Matutano, se hallaron fragmentos de cerámica fabricada a mano al parecer con decoración incisa que podría corresponder a un enterramiento y fecharse también de manera general en el Calcolítico o la edad del Bronce, entre el III y el II milenio aC.

Además de estos asentamientos, en lugares indeterminados del término municipal se han encontrado objetos de este periodo. Se trata de dos hachas metálicas conservadas en el Museo Arqueológico Nacional. Ambas fueron citadas inicialmente por Bosch Gimpera (1923), estudiadas en un primer momento por Montegudo (1977) y posteriormente por Rodríguez de la Esperanza (1996 y 1999), y su composición analizada por un equipo dirigido por Rovira (1997). La primera es plana y mide 8,2 cm de longitud por 4,9 cm de anchura, con un peso de 194,7 gr (Lámina I, 2); los análisis determinaron que es de cobre (99%), con una presencia muy reducida de otros elementos. Puede fecharse en el Bronce Medio, hacia 1600-1200 aC. La segunda procede de la antigua colección de Vilanova y Piera. Se trata de un hacha de apéndices laterales de 14,4 cm de longitud por 5,6 cm de anchura y un peso de 534 gr; los análisis han permitido determinar que se trata de un hacha de bronce de calidad, por la presencia significativa de estaño (20,8%). Puede fecharse en el Bronce Final, hacia 900-600 aC.

Al final de la edad del Bronce, en los siglos VIII-VII, se produce la llegada al NE de la península de pueblos de origen europeo que practican el rito funerario de la incineración, utilizan el torno lento en la fabricación de cerámica y empiezan a desarrollar la metalurgia del hierro. Este periodo,

conocido como Hierro Antiguo o Campos de Urnas recientes, en referencia a sus necrópolis, tiene un notable desarrollo en las tierras que se extienden entre Aragón y el norte del País Valenciano. Sus cerámicas, con nuevas formas y técnicas decorativas, se encuentran en asentamientos ubicados en lugares de fácil defensa y protegidos con murallas. En el Morrón del Cid se han hallado algunos fragmentos de tapaderas cónicas con botón y de urnas globulares o bitroncocónicas decoradas con acanaladuras, incisiones, puntillados y engobe rojo que prueban su ocupación en este periodo.

CULTURA IBÉRICA

A partir del siglo VI se desarrolla la cultura ibérica, que se caracteriza por la generalización del torno en la fabricación de cerámica y la metalurgia del hierro y –en una etapa más avanzada– la utilización de la escritura. En esta zona el poblamiento ibérico puede dividirse en dos categorías: los asentamientos fortificados en altura, de tamaño variable pero en general de superficie reducida, y los pequeños establecimientos rurales que a modo de masías se sitúan en las mismas tierras de labor y no cuentan con especiales condiciones defensivas. De los segundos, no se conoce ninguno identificado con seguridad en el término de la Iglesiasuela del Cid y el más próximo es la Llometa dels Planassos (Villafranca), situado cerca de la Puebla de San Miguel (Arasa, 1977). En cuanto a los fortificados en altura, son dos los conocidos: la Peña del Morrón y el Morrón del Cid. El primero, ya mencionado, es un espolón rocoso orientado hacia el este donde se sitúa la Cruz de San Jaime. Aunque se encuentra muy arrasado, en su superficie puede distinguirse un montículo alargado que corta el acceso desde el oeste y debe corresponder a la muralla que lo protegía por este lado (Arasa, 1985-86). Los fragmentos cerámicos son escasos y de tamaño muy reducido. La pieza más destacada es un fragmento de placa de bronce de poco más de 1 mm de grosor, en la que se distinguen 4 escotaduras bordeadas por una cenefa de puntos y dos pequeños orificios en los ángulos para su sujeción. Se trata de la placa hembra de una hebilla de garfios característica de los ajuares funerarios de la Meseta oriental, que también aparece en yacimientos ibéricos turolenses y tiene una amplia cronología que puede llegar hasta el siglo I aC (Mañanós y Olaria, 1999). No hay datos precisos para establecer la cronología de esta atalaya.

El Morrón del Cid es sin duda el yacimiento ibérico más importante, tanto por superficie como por su prolongada ocupación, y también el mejor

conocido (Lámina II, 1-2). Su posición destacada le convierte en un referente poblacional y un hito paisajístico para un amplio entorno en el que se sitúan otros asentamientos de la misma época como el ya mencionado de la Peña del Morrón, el Castellar (Mosqueruela), la Lloma Comuna (Castellfort) y el Cabeço (Villafranca). Los restos arquitectónicos de esta época que se conservan son muy escasos, ya que el asentamiento debió experimentar una importante reordenación urbana en el periodo romano imperial que arrasaría la mayor parte de los restos anteriores. El único elemento conservado es un lienzo de la muralla de carácter ciclópeo que puede verse a la izquierda del camino de acceso al yacimiento, descubierto parcialmente en una excavación realizada hace algunas décadas. Tiene unos 3 m de longitud, 1,10 m de grosor y una altura visible de 1 m (Lámina III, 1). Otros bloques pertenecientes a la misma pueden verse en los muros de los bancales del lado SW, posiblemente removidos en las transformaciones agrícolas. La muralla debía cortar el acceso al Morrón del Cid con un trazado NE-SW, y tal vez contara con alguna torre protegiendo la puerta, cuyo emplazamiento exacto no puede determinarse. El resto del recinto amurallado, de un perímetro considerable, ha desaparecido prácticamente en su totalidad a causa del aterrazamiento agrícola y la erosión. No hay datos para fechar su construcción, que puede situarse de manera general entre los siglos V y III aC. Según puede deducirse de la conservación del mencionado lienzo, la muralla perduró en época romana y el asentamiento apenas debió aumentar su superficie a lo largo de toda su historia. Además, en el yacimiento se encuentran abundantes fragmentos de escoria de hierro que en parte deben corresponder a este periodo e indican el aprovechamiento de los recursos minerales del entorno y la práctica de la metalurgia.

La cerámica, mucho más abundante que en las fases anteriores, proporciona información de gran interés sobre este periodo. Entre los cientos de fragmentos analizados puede distinguirse un reducido grupo de recipientes de cocina, en su mayoría ollas, de pasta más tosca. El resto presenta los rasgos típicos de las producciones ibéricas: un buen acabado, pastas de tonalidades rojo-anaranjadas y decoración pintada de color rojo granate. Las formas presentes son variadas: cuencos, ollas de cuerpo globular y borde de ánade, ánforas, grandes tinajas de borde engrosado y sombreros de copa (cálatos) entre las mayoritarias, y vasos caliciformes, copas (cílicas) y platos entre las más escasas. Su cronología es amplia, aunque con la excepción de algún fragmento que podría remontar a los siglos V-IV, en su mayoría puede situarse en el periodo final de esta cultura, en los siglos III-I aC. Entre las formas que pueden destacarse encontramos

varios ejemplares de sombrero de copa, una de las más representativas de esta última fase, de los cuales uno se asemeja a los producidos en Ampurias. Otras cuatro piezas imitan formas griegas: la más antigua es una cónica, copa propia de la cerámica ática de los siglos V-IV; y las otras tres son formas propias del repertorio de la cerámica campaniense, importada de Italia en el periodo romano republicano (siglos II-I aC): una copa y dos platos, uno de los cuales presenta inciso el signo ibérico *u*. La decoración pintada, siempre muy incompleta, parece igualmente tardía y representa motivos geométricos y vegetales: bandas y filetes, líneas onduladas, tejadillos, círculos y semicírculos concéntricos, rombos, triángulos y tallos vegetales. También se han encontrado dos fragmentos con técnicas decorativas poco frecuentes: uno con un motivo estampillado que debe proceder de la Meseta y otro con decoración plástica que parece representar un rostro humano.

Un grupo minoritario pero de gran valor cronológico es el constituido por las cerámicas de importación. Entre ellas las más antiguas son dos fragmentos de cerámica griega de barniz negro, uno de los cuales corresponde al borde de una copa ática que puede fecharse en los siglos V-IV aC. Después de la conquista romana, durante el periodo ibero-romano, en los siglos II-I aC se importa vino itálico que llega envasado en ánforas, de las que se han encontrado algunos fragmentos. Con ellas llega en mayor número la vajilla de mesa de barniz negro, la cerámica campaniense, de la que se han encontrado algunos fragmentos de las dos producciones mayoritarias (A y B), con algunas formas para beber como copas y boles; un fragmento de una copa de cerámica campaniense B presenta una inscripción ibérica incompleta con la terminación *-ban*, a la que debía anteceder el nombre del propietario.

La conquista romana no parece haber supuesto ningún cambio significativo en la continuidad del asentamiento. Como es frecuente, la llegada de importaciones –en su mayoría de vino y vajilla cerámica– permite confirmar su ocupación en este periodo. Junto a ellas empiezan a circular las primeras monedas ibéricas de diferentes cecas que acuñan en los siglos II-I aC. De ellas, las que representan una cabeza en el anverso y un jinete en el reverso son reconocidas en la población. Los ejemplares que han podido estudiarse son escasos, pero representativos de la gran cantidad de moneda que debió circular por el asentamiento: dos denarios de *Bolskan* (Huesca), la ceca más importante que acuñó plata en Aragón, un as de *Orosis*, una pequeña ceca posiblemente localizada en tierras turolenses que sólo acuñó moneda en bronce, y un as de *Kontebakom*, ceca celtibérica situada en el Cabezo de las Minas (Botorrita,

Zaragoza). La moneda es un instrumento de intercambio cuyo uso se generaliza con la ocupación romana, que estimula su uso y lo controla, al mismo tiempo que se convierte en un mecanismo de asimilación cultural de primer orden.

El último elemento destacado de este periodo son las inscripciones ibéricas sobre caliza, que en número de tres se conservan todavía empotradas en las paredes del conjunto arquitectónico de la ermita. La más completa es de piedra caliza y se encuentra situada en el interior de ésta (MLH E.8.1), posiblemente formaba parte de una estela que fue recortada por sus extremos superior e inferior, mide 48 x 51 cm y presenta el texto distribuido en dos renglones separados por líneas incisas paralelas, con letras de 8-9 cm de altura (Lámina III, 2). Su estado de conservación es excelente y su transcripción como sigue: *ikonmkeimi / iltubeleseban*. La segunda inscripción es una estela de piedra rojiza con unas dimensiones de 107 x 55 x 27 cm (MLH E.8.2); en su extremo superior, entre dos líneas incisas igualmente dispuestas, se encuentra el texto medio borrado, del que se pueden leerse algunas letras de 8 cm de altura: *ta/--/rmi*. Finalmente, la tercera es un bloque de caliza gris azulada de 45 x 34 cm con la superficie muy desgastada (MLH E.8.3), en la que se distinguen algunos signos de 11 cm de altura también entre dos líneas incisas paralelas: *---/smi/---*. Todas ellas debieron estar ubicadas en una zona de necrópolis posiblemente situada a ambos lados del camino de acceso al asentamiento, en los alrededores de la ermita. Este conjunto de inscripciones ibéricas sin decoración es uno de los más destacados de la provincia de Teruel (Beltrán Lloris, 1996).

A las inscripciones ibéricas sobre piedra se les atribuye en general una función funeraria, y en cuanto a su cronología, algunos rasgos permiten fecharlas en los primeros tiempos de la ocupación romana, en los siglos II-I aC. Entre ellos destacaremos que los signos presentan trazos regulares similares a los que aparecen sobre las inscripciones monetales, y que por su misma función la composición debe ser próxima a los textos funerarios latinos. Aunque no pueden traducirse, sí que se han conseguido individualizar algunos elementos que permiten avanzar en su interpretación. Ello lo podemos ver en el caso del texto conservado en el interior de la ermita (MLH E.8.1), donde se pueden reconocer dos nombres personales seguidos de otros dos elementos: *ikonmkei + mi / iltubeles + eban*. Los nombres ibéricos suelen estar formados por dos partes y constar de cuatro sílabas, como puede observarse en este caso. Los dos elementos que constituyen el segundo nombre son algunos de los más característicos de la antroponimia ibérica. El sufijo *-mi* acompaña frecuentemente a nombres de persona, y *-eban* podría corresponder a la noción de filiación.

Por tanto, se trata de un texto de estructura simple en el que podría figurar el nombre del difunto seguido de la filiación, según la misma composición de los textos funerarios latinos más sencillos, algo así como *ikonm̄kei*, hijo de *iltubeles*.

Aunque la información sobre el yacimiento del Morrón del Cid en época ibérica es muy escasa, sí que parece suficiente como para considerarlo un asentamiento destacado entre el poblamiento ibérico de la zona. Sin embargo, su adscripción a alguna de las etnias ibéricas es insegura. Según el naturalista Plinio, que escribe en el siglo I dC, al norte del río *Udiva*, normalmente identificado con el Mijares, se extendían los Ilercavones, aunque no sabemos si su territorio estaba limitado a la franja costera o se extendía hacia el interior del país. Por tierras aragonesas, pero con unos límites imprecisos, se encontraba el pueblo de los Sedetanos. Por tanto, esta zona pudo estar incluida tanto en una como en otra etnia, sin que haya argumentos definitivos para probarlo. De manera general, los investigadores aragoneses defienden su pertenencia a los Sedetanos, mientras que los valencianos creemos más probable que tanto el Morrón del Cid, situado a 54 km de la costa, como la localidad de *Lesera* (Forcall, Castellón), ambos separados 21 km, debían estar situados en territorio ilercavón.

A lo largo de los siglos II-I aC el asentamiento existente en el Morrón del Cid experimentó –como todo el mundo ibérico en general– un lento proceso de transformación cultural bajo la cada vez más intensa influencia romana, conocido como romanización, que se manifiesta en la creciente asimilación de los gustos, hábitos, creencias y cultura material de los conquistadores. De esta manera, la presencia romana supuso el lento fin de la cultura ibérica en un largo período de transición denominado ibero-romano. En este proceso debieron jugar un papel destacado las elites locales, que aspiraban a adoptar el modo de vida dominante e integrarse en la nueva sociedad. Este pudo ser el caso de los personajes sin duda destacados cuyos nombres conocemos a través de las inscripciones ibéricas conservadas.

ÉPOCA ROMANA

Con el reinado del emperador Augusto (27 aC-14 dC) empieza un nuevo periodo que –en relación con el poblamiento– se caracteriza por las importantes transformaciones que experimentan los núcleos indígenas. De esta manera,

se abandonan la mayor parte de los asentamientos rurales y se desarrolla un nuevo modelo de ocupación basado en un poblamiento diseminado, las villas, que se sitúan en las mismas tierras de labor, con facilidades para el aprovisionamiento de agua y la comunicación. En ellas, la implantación de modelos itálicos tiene un claro reflejo en la tipología arquitectónica y en las técnicas constructivas y decorativas. En este contexto, tan sólo algunos núcleos indígenas continúan ocupados en el inicio del Imperio, y el Morrón del Cid es uno de ellos. En un entorno bastante amplio, a caballo entre tierras aragonesas y valencianas, tan sólo las ciudades de *Lesera* (Forcall, Castellón) y la Muela (Hinojosa del Jarque, Teruel), situada a unos 47 km hacia el NW, se encuentran en esta situación.

La mayor parte de los restos de esta época conservados en el yacimiento puede fecharse en los siglos I-II dC. A principios del Imperio el asentamiento debió experimentar una reestructuración urbanística y una cierta monumentalización, aunque no parece rebasar la superficie ocupada en el periodo anterior. Al exterior, y junto a los caminos de acceso, debió extenderse la necrópolis, que se monumentaliza mediante la erección de al menos una tumba que sigue modelos itálicos. Sobre las características y urbanismo del asentamiento apenas sabemos nada. Algunos indicios apuntan a su organización entorno a un eje central, que seguiría un trazado aproximado al del actual camino de acceso a las parcelas, como son el hecho de que la cisterna se ubique en el lateral SW del mismo y que en el extremo SE de la terraza superior se vean trazas en la roca que podrían corresponder a su acondicionamiento para el paso de carros. En el lado NE se aprecian cortes en la roca que indican la presencia de viviendas, semejantes a los conservados en la mencionada ciudad de *Lesera*. Uno de los pocos muros de factura romana que resultan visibles se distingue en la parte interior de la muralla ibérica.

En general, los sillarejos careados propios de las construcciones romanas se encuentran reutilizados tanto en el conjunto arquitectónico de la ermita, como en los márgenes de los banales en que se divide la superficie del yacimiento. Asimismo, el hallazgo de pequeños fragmentos de pintura mural, en su mayoría de color rojo, prueban la utilización de esta técnica en los programas decorativos de los edificios. En relación con ello, aunque Salvador (1890) menciona el hallazgo de mosaicos, no se han encontrado teselas que prueben su existencia. Sí se han hallado losetas romboidales de cerámica utilizadas en algunos pavimentos. Todo ello demuestra que el asentamiento existente en el Morrón del Cid era un núcleo importante en la

estructura del poblamiento romano de la zona, sin duda el más destacado en un amplio radio.

Los restos que pueden fecharse a partir del siglo III son muy escasos y se limitan a algunas monedas y contados fragmentos de cerámica. Posiblemente el Morrón del Cid continuó ocupado en este periodo, aunque por lo que sabemos hasta ahora resulta imposible determinar su evolución e importancia. En la zona conocemos el hallazgo de un objeto de bronce de esta época –un removedor de perfumes u osculatorio– en el vecino término municipal de Portell (Arasa, 1991b).

Como hemos mencionado anteriormente, a finales del siglo XVIII Traggia (1792) identificó el yacimiento con una de las poblaciones mencionadas por el geógrafo Ptolomeo (II, 6, 63) a mediados del siglo II dC, *Adeba*, opinión que siguió Salvador (1890). Esta era una ciudad enclavada en el antiguo territorio de la etnia ibérica de los Ilercavones, que todavía no ha podido ser reducida a un yacimiento arqueológico. En los últimos años, Corell y Gómez Font (2005) han defendido esta identificación basándose en dos argumentos: la atribución al Morrón del Cid de un ponderal de bronce hallado en Torrenueva (Ciudad Real) en el que figura una inscripción con la referencia a la *res publica Edebensium* (la comunidad de los Edebenses), y una estela funeraria encontrada en la localidad próxima de Puertomingalvo (Teruel) en la que figura la mención del origen de la difunta: *domo Edeba* (Navarro, 1994). En nuestra opinión, el primer argumento no puede ser tenido en cuenta por el hecho de que el hallazgo en aquella localidad manchega está bien documentado, no hay ninguna razón para pensar que se produjo en la Iglesiasuela del Cid y –como ya señaló Alföldy– permite situar en aquella zona de la Oretania un municipio romano llamado *Edeba*. El segundo es el epitafio de una joven llamada *Sulpicia* hallado en Puertomingalvo en el que se indica que procede de una localidad con el mismo topónimo: *Edeba*. Los desplazamientos de población eran habituales en aquella época y están bien documentados a través de las inscripciones, por lo que no debe extrañar que nos encontremos aquí con uno de estos casos. Ninguno de estos dos hallazgos está relacionado con la Iglesiasuela del Cid, más allá de la relativa proximidad de Puertomingalvo, e incluso es posible que se refieran a diferentes poblaciones, una situada en la Mancha y la otra en una amplia área alrededor del curso bajo del río Ebro. Posiblemente la población donde nació *Sulpicia* sea la mencionada por Ptolomeo, que el geógrafo alejandrino sitúa al norte de *Dertosa* (Tortosa), que por el momento no cuenta con pruebas para su localización.

En ninguna de las inscripciones halladas en el Morrón del Cid figura una referencia a una magistratura municipal, ni una dedicatoria religiosa de la comunidad en la que figure su topónimo, ni ningún otro dato que permita pensar en la existencia de una ciudad, y así lo han constatado diferentes autores como Wiegels (1985). Todas las inscripciones conocidas son funerarias y como información de interés precisan que dos de sus ciudadanos estaban inscritos en la tribu Galeria, que en Hispania era la tribu de las comunidades urbanas privilegiadas con anterioridad a la época flavia, es decir, entre César y Augusto. También los ciudadanos del municipio romano más próximo, *Lesera*, estaban inscritos en esta tribu, de lo que puede deducirse su posible constitución bajo el reinado del emperador Augusto. Así pues, a falta de más información escrita, la posición que ocupaba el Morrón del Cid en la escala de poblamiento romano sólo puede ser deducida mediante argumentos arqueológicos como su superficie y la importancia y características de los restos conservados. Aunque no se ha realizado un levantamiento topográfico del yacimiento, su superficie parece más reducida que la propia de una ciudad.

De la misma manera, y aun teniendo en cuenta que el yacimiento está muy arrasado, no parece haber alcanzado el desarrollo monumental que cabría esperar en un municipio. De hecho, con la excepción de la cisterna, los únicos restos de carácter monumental que se conservan son funerarios. Por todo ello, cabe pensar que el asentamiento existente en el Morrón del Cid no fue una ciudad en época romana y ocupó un lugar intermedio en la escala del poblamiento de la zona, entre los establecimientos rurales y los núcleos urbanos representados por los municipios más próximos de *Lesera* y la Muela (Hinojosa del Jarque, Teruel). Pudo ser, por tanto, una aldea o *vicus* dependiente de la ciudad más próxima, posiblemente *Lesera*, situada a 21 km en dirección norte (Arasa, 1987b y 2009). Por su importancia en relación con los yacimientos conocidos en un amplio radio alrededor, el Morrón del Cid puede considerarse un lugar central en el que residiría la administración local y debían realizarse las actividades comerciales. Con él debían relacionarse pequeños asentamientos situados a su alrededor como el recientemente excavado de las Cabrillas (Portell), otros como la Llometa del Corral de Pau (Portell) y la Llometa dels Planassos (Vilafranca), y sobre todo el de la Vilavella (Vilafranca), donde se han hallado elementos arquitectónicos posiblemente pertenecientes a un monumento funerario (Arasa, 2000 y 2009).

El núcleo rural del Morrón del Cid contaba con un sistema de aprovisionamiento de agua. La primera referencia es de Salvador (1890), quien menciona un

“depósito como baño, cuyo acueducto era de piedra sillería y venía de la fuente llamada de Domingo Simón, cerca de la Masía de la Loma”. Posiblemente este depósito es la cisterna –conocida como los Baños del Cid– está excavada en la roca y situada en la zona central del asentamiento, es de planta aproximadamente cuadrada y tiene unas dimensiones de 7,8 x 8,2 m (63,9 m²) y una profundidad visible de 1,6 m (Lámina IV, 1). En la actualidad presenta un relleno de tierra y piedras de grosor indeterminado, que ha permitido su dedicación al cultivo hasta hace algunas décadas. Atribuyéndole una profundidad mínima de 2 m, su capacidad aproximada sería al menos de 127 m³. Tanto el fondo como sus paredes debían estar recubiertos de mortero hidráulico, con molduras de cuarto de bocel en los ángulos inferiores, y su cubierta pudo estar sostenida por un sistema de pilares y bóvedas o simplemente por vigas de madera. Este depósito debe estar relacionado con el canal de aprovisionamiento visible a cierta distancia del asentamiento, de unos 20 cm de anchura y fabricado con mortero (*opus signinum*), que debía captar el agua de algún manantial situado hacia el NW. Tanto las proporciones de la cisterna como el sistema de aprovisionamiento mediante un pequeño acueducto parecen corresponder a una obra de carácter público, aunque también pudo ser costeada por algún rico propietario en un acto de munificencia. Asimismo, la localización de la cisterna en el centro del asentamiento permite plantear la hipótesis de su ubicación en el subsuelo de un espacio abierto, tal vez una pequeña plaza pública, y relacionarla con una reordenación urbanística del mismo que debió tener lugar a principios del periodo imperial. En tierras turolenses son numerosos los yacimientos de esta época que cuentan con depósitos excavados en la roca o construidos, como es el caso del municipio romano del Palao (Alcañiz) (Marco, 2003).

Los hallazgos arqueológicos han sido abundantes en el Morrón del Cid, aunque muchos de ellos se han extraviado. Salvador (1890) recoge el más antiguo de los conocidos: “una sortija de metal muy bien labrada” que encontró arando Juan Rambla en 1696. El historiador morellano Segura y Barreda (1868) añade algunos más: medallas, mosaicos, trozos de ánfora, una lucerna y un sarcófago. Salvador (1890) añade restos de edificios, sepulcros, piedras labradas, ánforas, medallas romanas, flechas y una lamparilla muy bien conservada dentro de un sarcófago. Ésta debe ser la lucerna descrita por el mismo Segura y Barreda (1868), quien añade que formaba parte de su colección: “una lamparilla perfectamente conservada, (...) que años atrás se encontró en un sepulcro (...) tiene á Mercurio de medio cuerpo, con su sombrero alado, su caduceo y el bolsón en la mano”. Debía tratarse de una lucerna, posiblemente

de disco o de canal, que podría fecharse en los siglos I-II dC y estaba decorada con la imagen del dios mensajero. Otros objetos metálicos encontrados en el Morrón del Cid, que pueden atribuirse tanto al periodo ibérico como al romano, son una llave, una punta de lanza, un cuchillo, una alcotana, un podón, una lezna, taladros y clavos de distintos tipos. De hueso se han encontrado la tapadera de una cajita (*loculus*) y dos agujas para el pelo incompletas. También se han encontrado pequeños fragmentos de vidrio. Un último hallazgo ya desaparecido era una tesera de hueso, una ficha de 8,5 x 3 cm que en 1975 conservaba un coleccionista de Artana (Castellón), en la que figuraba inscrito el nombre *Faventinus* (*CIL* II² 14, 780).

Entre los materiales arqueológicos conservados y estudiados destaca la abundante presencia de cerámicas, de gran valor para fechar los periodos de ocupación del yacimiento y constatar su inclusión en las redes comerciales de la época por tratarse de un importante centro de consumo (Beltrán, 1990). De esta manera, sabemos que hasta aquí llegó la vajilla de mesa de color rojizo llamada *terra sigillata* (TS) de distintas procedencias, como la originaria de Italia, que se fecha entre los reinados de los emperadores Augusto y Tiberio, de la que se han encontrado sellos de los ceramistas *Telamo/Calidi* y *Rasini*; del sur de la Galia, importada entre los reinados de los emperadores Claudio y Vespasiano, con un sello del ceramista *Murrus*; de la misma Hispania, posiblemente de los talleres de La Rioja y tal vez de Bronchales (Teruel), de los siglos I-II dC; y de Túnez, la TS Africana A que se fecha en los siglos II-III dC. Durante el siglo I dC llegan también los vasos de paredes finas de distintas procedencias, entre otros los llamados “de cáscara de huevo” de los talleres de Rubielos de Mora (Teruel). Hay también fragmentos cerámicos de fuentes de barniz rojo pompeyano de procedencia itálica y cerámica de cocina africana. La relación de hallazgos se completa con fragmentos de ánforas vinarias de procedencia tarraconense de los tipos Pascual 1 y Dressel 2-4 que pueden fecharse en los siglos I-II dC (Beltrán, 2008).

En relación con la importante actividad comercial que se deduce de la presencia de estas cerámicas de procedencia foránea, el hallazgo de monedas romanas en el Morrón del Cid se conoce desde finales del siglo XIX, cuando Salvador (1890) menciona monedas de plata y cobre de Cayo César (6 aC-12 dC) y de los emperadores Trajano (97-117 dC), Filippo Augusto (244-249 dC) y Constantino (306-337 dC). Por su parte, Bayerri (1933) menciona el hallazgo de tres ases de la ceca *Dertosa-Ilercavonia* de la emisión de Tiberio (14-37 dC) (Llorens y Aquilué, 2001). Finalmente, dos particulares conservan un mediano

bronce de Gordiano Pío (241-244 dC) encontrado cerca del yacimiento y un pequeño bronce de Constantino II el Joven (337-340 dC) hallado junto al mismo. Aunque se trata de un conjunto muy reducido, su cronología comprende desde el siglo I al IV dC y puede destacarse la mayor concentración de piezas en el siglo I dC, tres de las cuales son de acuñaciones provinciales y pertenecen a la ceca más próxima, *Dertosa*; y también que la aparición de dos monedas del siglo III y otras tantas del IV dC confirma su ocupación en un periodo apenas representado por los hallazgos cerámicos.

Toda esta actividad comercial fue posible en buena parte porque al principio del periodo imperial debieron construirse las carreteras necesarias para facilitar las comunicaciones y, con ellas, las transacciones económicas. En los alrededores del Morrón del Cid se conservan restos de caminos romanos que permiten reconstruir de manera aproximada la red viaria que comunicaba el asentamiento con zonas alejadas. Estos restos son carriladas visibles en el Camino de la Fuente Salla, que tienen hasta 20 cm de profundidad y presentan una anchura de eje de 146/147 cm, que puede incluirse en la horquilla considerada propia de los carros romanos (Lámina IV, 2); en el Barranco del Cid, junto a la pista que lleva al santuario; y finalmente en el banco rocoso que hay sobre la Torre Nicasio, donde debió ser necesario un gran terraplén para salvar el desnivel. Estos restos parecen corresponder a un camino que debía cruzar la Rambla de la Truchas por un vado situado a la altura de la Puebla de San Miguel y seguía hacia la población de la Iglesuela del Cid; después giraba para dirigirse hasta el Morrón del Cid, desde donde descendía por el Barranco de San Antonio hacia la Rambla. Por otra parte, en la documentación medieval encontramos la referencia a una *calçada vetulla* que figura como uno de los límites del término municipal de la Iglesuela del Cid en su carta de población de 1241 (Ledesma, 1983). Posiblemente se trata de un camino romano que, según la relación de los límites, puede identificarse con bastante seguridad con el que se dirigía hacia Cantavieja (Altaba, 1978). A partir de estos datos es posible la restitución hipotética de la red viaria que garantizaba las comunicaciones del asentamiento del Morrón del Cid. El eje principal arrancaba posiblemente de la Vía Augusta a la altura de la localidad castellanense de la Población Tornesa y continuaba por el corredor de la Rambla de la Viuda con un trazado parecido al de la carretera CV-15 hasta Albocácer, después remontaba el Coll d'Ares y seguía por Villafranca, la Iglesuela del Cid, Cantavieja y tal vez se dirigía hacia la ciudad romana existente en la Muela de Hinojosa del Jarque (Teruel). Como hemos dicho, de esta vía arrancaba el ramal que facilitaba el acceso al

yacimiento, desde donde continuaba por la Torre Nicasio posiblemente hacia el municipio romano de *Lesera*.

Las inscripciones

En el Morrón del Cid se han encontrado cinco inscripciones romanas, de las que una no se conserva. Se trata de la mayor concentración de epígrafes romanos de la provincia de Teruel, superior a la de las ciudades romanas existentes en el Palao (Alcañiz) y la Muela (Hinojosa del Jarque). Todas ellas son de carácter funerario y pueden fecharse en los siglos I-II dC. Hay dos inscripciones que son idénticas y debían figurar en una misma tumba, por lo que del conjunto epigráfico puede deducirse la existencia de al menos cuatro monumentos de diferentes proporciones y tipología que posiblemente se erigieron, como era normal en la época, a ambos lados del camino de acceso al asentamiento. En ellas aparecen los nombres de diez personajes, siete hombres y tres mujeres, pertenecientes a cuatro familias, algunas de las cuales están emparentadas entre si. La mitad de ellos, cinco varones, pertenecen a una misma familia, la de los *Domitii*, de los cuales dos expresan en su nombre su pertenencia a la tribu Galeria; por ello, y porque además uno de sus miembros erigió un sepulcro monumental que aún se conserva en parte, esta familia parece ser la más destacada del asentamiento. Las otras tres familias presentes son las de los *Aelii*, con dos individuos, y los *Caecilii* y *Valerii*, con un individuo cada una; queda un nombre ilegible que podría pertenecer también a los *Aelii*. Los nombres de estos personajes son los siguientes: *Aelia L. f. Supersta*; *L. Aelius Asiaticus*; *C. Caecilius Paternus* (?); *G. Domitius Gal. Proculus*; *G. Domitius G. f. Gal. Proculus*; *M. Domitius Proculus*; *M. Domitius Seranus*; *L. Domitius Crescens*; *Aelia Paterna* (?) y *Valeria Nysa*.

La inscripción más antigua de las conservadas es posiblemente la expuesta sobre un pedestal en el vestíbulo de la ermita (*CIL* II² 14, 775). Según hemos visto, a principios del siglo XIX Ribelles (ms. 17 y 83) copia un manuscrito de Sales (siglo XVIII), actualmente extraviado, en el que un religioso de nombre Fr. Ferrer le comunica su hallazgo, que debe fecharse hacia mediados de siglo y localizarse en alguna de las parcelas cultivadas del yacimiento o de su entorno inmediato. Por entonces se edificó el pórtico que rodea el patio de la ermita, y la lápida se utilizó en la construcción de un pilar del mismo, donde todavía la vieron Ferrer Julve (1876) y Salvador (1890). Posteriormente se extrajo y se depositó en el vestíbulo de la ermita, donde actualmente se conserva (Lá-

mina V, 1). Se trata de una losa de forma aproximadamente cuadrada que está labrada en una caliza de color rojo oscuro veteado de amarillo procedente de *Dertosa* (Tortosa), conocida como jaspe de la Cinta o brocatel, que se explota en las canteras de la Cinta y Els Valencians y se utiliza en época imperial como piedra ornamental y para labrar soportes epigráficos (Mayer y Rodà, 1999). También de brocatel es un altar o pedestal encontrado en el cercano municipio romano de *Lesera*. De manera significativa, pues, algunos miembros de las elites locales de ambas poblaciones eligieron este tipo de piedra para labrar los monumentos epigráficos con los que quisieron perpetuar su memoria, lo que muestra la importancia de las relaciones de esta zona montañosa que se extiende a caballo entre las tierras valencianas y aragonesas con aquel puerto fluvial del Ebro.

La inscripción puede fecharse hacia finales del siglo I dC o principios del II y en ella figuran la mitad de los personajes conocidos en el asentamiento. Aunque no se expresa la relación de parentesco existente entre ellos, puede deducirse al menos en parte. Posiblemente se trata de la dedicatoria de un matrimonio compuesto por *G. Domitius Gal. Proculus* y *Aelia L. f. Supersta* a su hijo *G. Domitius G. f. Gal. Proculus*, que falleció a la edad de 20 años; la coincidencia onomástica permite aseverar la relación entre los personajes masculinos. Los otros dos dedicantes son *L. Aelius Asiaticus* y *Valeria Nysa*, que pudieron ser los abuelos maternos del difunto y suegros del dedicante; *Aelia Supersta* es hija de Lucio, que es el prenombre del varón, y lleva también su mismo gentilicio, por lo que esta hipótesis parece razonable (Navarro, 1994). Sobre este supuesto, nos encontraríamos con tres generaciones de una misma familia. Los *cognomina* del último matrimonio, orientalizante el del marido y helenizante el de la esposa, se corresponden con un origen servil, por lo que debieron ser libertos. Por esta razón, tanto Alföldy (*CIL* II² 14, 775) como Corell (2005) consideran que debía tratarse de un matrimonio de libertos de la madre del difunto o incluso de su abuelo materno. Ambos matrimonios erigieron el monumento en vida.

Los otros tres miembros de la familia de los *Domitii* podrían ser descendientes de éstos, al menos en el caso de los dos que figuran en las dos inscripciones conservadas, ya que éstas son algo más tardías que la anterior. La inscripción desaparecida, dedicada a *L. Domitius Crescens* (*CIL* II²/14, 777), no puede fecharse más que de manera genérica en los siglos I-II. Se encontraba en un banco situado a la puerta de la ermita y estaba medio borrada. En cuanto a las otras dos inscripciones, una está completa (Lámina V, 2) y la otra dividida en

dos mitades, de las cuales la correspondiente al lado derecho se encuentra en la base de la esquina oeste de la ermita, por lo que no puede leerse (*CIL* II²/14, 778-779). Sin embargo, a juzgar por la mitad visible, ambas inscripciones parecen presentar el mismo texto, por lo que nos encontraríamos con una dedicatoria doble. Tanto estos dos epígrafes como el que veremos más adelante, conservado en el vestíbulo de la ermita, están labrados en caliza local. Los personajes mencionados son dos, de los que se expresa la relación de parentesco: el difunto es un joven de 17 años llamado *M. Domitius Proculus*, para quien su padre *M. Domitius Seranus* erige un monumento. Hay que destacar el hecho de que el gentilicio aparece abreviado con la inicial, un hecho poco frecuente, pero se admite que debe tratarse del mismo que llevan los otros tres personajes mencionados. En la inscripción partida, en la parte izquierda de la mitad visible del texto, fuera del marco moldurado que lo delimita, figura un breve texto, una invitación a los transeuntes para que saluden al difunto por su nombre: *Have Procle* (salve Próculo). El epitafio está consagrado a los dioses Manes, y ello, junto a los rasgos paleográficos, permite fecharlo en el siglo II.

El último epígrafe conservado es el epitafio de *C. Caecilius Pa[ternus ?]*. Se trata de una losa que está rota por todos sus lados y conserva medio borrado el texto, que está rodeado por una cartela en forma de *tabula ansata* (*CIL* II²/14, 776). La edad mínima del difunto era de 30 años y la dedicante posiblemente su madre. La mala conservación de la tercera línea impide conocer el nombre de ésta, que para Corell sería *Iulia Pate[rna ?]*, y para Alföldy podría ser *Ae[l]i[a] L. [f. P]ate[rna]*. Según puede deducirse de la parte conservada, la lápida debía ser de grandes dimensiones.

El monumento funerario

Según destacó y reprodujo Salvador (1890) en su opúsculo, y confirmó posteriormente Ventura (1975), en las esquinas norte y oeste de la ermita se conservan numerosos sillares romanos entre los que se encuentran –además de las dos inscripciones mencionadas– un capitel de pencas lisas y varios elementos de pilastra estriada y dos relieves, uno con una roseta y otro correspondiente a un friso incompleto que representa un recipiente y dos delfines (Lámina VI). A ellos hay que sumar el lienzo de un muro romano aprovechado para construir la ermita gótica, visible desde la masía contigua a ésta, y otros elementos moldurados conservados en el banco del vestíbulo de la ermita y en el exterior de ésta, por su lado NE. Todos ellos pertenecen al menos a un monumento funerario romano cuya existencia dimos a conocer en los trabajos

anteriormente mencionados (Arasa, 1983 y 1987a). Gracias a la conservación del mencionado muro, conocemos el emplazamiento exacto del monumento al que pertenecía. Está orientado NE-SW, tiene una longitud visible de 4,28 m en el vestíbulo y una altura de 3,86 m desde el patio de la ermita hasta su extremo superior. Consta de un podio liso de 1,05 m de altura, sobre el que descansa retranqueada una base moldurada de 31 cm de altura, en cuyo extremo NE se distinguía una esquina (Lámina VII, 1). En la parte recayente al interior de la ermita puede verse un sillar que sobresale de la base de la pared, que posiblemente corresponde a la primera hilada del arranque del muro SW del monumento. La distancia entre la cara SW de este sillar y la esquina este del lienzo antes descrito es de unos 5,20 m, que podría ser la longitud total de este lado del monumento. Por tanto, la cámara sepulcral estaría formada por el mismo cuerpo cuadrangular del monumento y quedaría situada en la parte correspondiente al interior de la ermita.

Cuando estudiamos el monumento, la cara visible desde el vestíbulo estaba encalada y tan sólo dejaba a la vista la base moldurada sobre el podio, por lo que supusimos que el cuerpo principal era liso. Siguiendo nuestras indicaciones, el párroco hizo que se picaran las capas de cal y quedó a la vista un magnífico muro de *opus quadratum* liso del que se ven tres hiladas, sin relieves ni epigrafía, aunque sí con restos de decoración pintada, en cuya esquina se veía el perfil de la basa y el arranque del imoscapo de una pilastra estriada existente en la cara NE y oculta por la pared en la que está fijada la puerta de entrada a la ermita. Parece tratarse de una basa ática sin plinto, formada por dos boceles –más reducido el superior– separados por una escocia (Escrivá, 2005, 74). La parte de este muro visible en el primer piso de la masía tiene dos hiladas de sillares de las mismas características, de las cuales la inferior corresponde a la última visible desde la planta baja, sobre las que descansa una cornisa de 29 cm de altura y 17 cm de vuelo que en su zona central fue picada para colocar una chimenea (Lámina VII, 2). Sobre ella se conservan dispuestas longitudinalmente dos piezas alargadas de 35 cm de altura de uno de los remates redondeados o *pulvini* que coronaban los flancos de los altares, que tienen un diámetro aproximado de 25 cm y un reborde saliente por debajo de 10 cm. El dorso de estas piezas es liso y no presenta la típica decoración de hojas imbricadas. El lienzo, por tanto, consta de un podio liso de 1,05 m de altura formado posiblemente por tres hiladas, la moldura que lo corona de 31 cm de altura, el muro propiamente dicho que consta de cuatro hiladas con una altura total de 1,86 m, la cornisa que lo corona de 29 cm de altura y los

pulvinos de 35 cm de altura, lo que sumado da una altura total de 3,86 m. Por tanto, la altura de las pilastras que decoraban el cuerpo principal es de 1,86 m, bastante reducida para una modulación canónica que exigiría 8,5 veces la anchura del fuste (31 cm), o sea, 2,63 m.

El diámetro del pulvino conservado sobre la cornisa es similar al del relieve visible en la esquina oeste que representa una roseta de seis pétalos (Lámina VIII, 1), y también la altura del reborde existente por debajo de éste es próxima, por lo que este relieve debe corresponder a la decoración del frente de uno de los pulvinos. Esta pieza se prolonga en un elemento curvado que debe corresponder a la decoración existente entre ambos frentes pulvinares, un coronamiento central de forma posiblemente aproximada a un frontón.

La primera interpretación sobre el tipo de monumento al que pertenecían estos restos fue que se trataba de un edículo sobre podio, que contaría con un primer cuerpo liso al que pertenecería el lienzo conservado, sobre el que se levantaría el edículo decorado con pilastras y capiteles. Sin embargo, tal y como han señalado varios autores, la presencia de los pulvinos confirma la existencia de un monumento en forma de altar monumental (Beltrán, 1990 y 2002; Cancela, 1993, 1996 y 2002). El descubrimiento de la pilastra en la esquina norte del lienzo conservado demostró que al menos dos de sus caras estaban decoradas con pilastras estriadas coronadas por capiteles corintios como el conservado en la cara NE de la esquina norte de la ermita (Lámina VIII, 2). En la cara SE del lienzo no hay indicios de que la pilastra haya sido picada hasta dejar la pared lisa, sobre todo por debajo de la cornisa, donde debería encontrarse el capitel, por lo que puede concluirse que efectivamente el monumento estaba decorado sólo por sus caras NW y SW, donde probablemente se encontraban las inscripciones y que por tanto consideramos las principales. Sin embargo a esta interpretación se le plantea el problema de que en la esquina oeste de la ermita se conserva un elemento de fuste de pilastra que sí es de esquina y tiene unas características y dimensiones próximas a los anteriores. Su presencia, por tanto, no encaja en el supuesto de una decoración con pilastras solamente por dos caras; o todas las demás piezas han sido picadas, o ésta no pertenece al mismo monumento. Por ello, y aunque la mayoría de los elementos arquitectónicos visibles encajan en un solo monumento del tipo indicado, dada la existencia de otras dedicatorias funerarias, no puede descartarse por completo que alguno de ellos pertenezca a un segundo monumento.

El relieve conservado en la esquina oeste de la ermita debió estar situado en una de las caras del monumento. Otros sillares que presentan una línea incisa similar pudieron pertenecer a la misma hilada que éste. Representa un recipiente de pie alto con dos asas dispuesto en el centro y dos delfines a ambos lados mirando hacia el centro a los que les faltan las colas, que continuarían en sendos sillares laterales (Lámina VII, 3). Los recipientes de formas diversas aparecen representados a menudo en los relieves funerarios y hacen referencia al ritual seguido en estas ceremonias. El tema de los delfines es también frecuente en los mismos y simboliza la travesía de las almas a las islas de los afortunados. En cuanto a la posición que ocupaban las inscripciones, dado que el lienzo conservado es liso, puede suponerse que debían estar localizadas en las caras NE y SW que darían al camino principal de acceso al asentamiento y al ramal que desde éste se dirigía hacia el Barranco de San Antonio, de manera que el monumento quedaría emplazado en medio de ambos caminos, franja en la que cabe situar al menos una parte de la necrópolis del periodo altoimperial. Una ubicación similar, pero en hiladas diferentes, puede suponerse para los relieves decorativos que –si imaginamos una distribución simétrica– debían estar igualmente presentes en ambas caras.

En síntesis, el monumento erigido por *M. Domitius Seranus* para perpetuar la memoria de su hijo *M. Domitius Proculus* debió tener forma de altar de planta aproximadamente cuadrada, con dos lados de aproximadamente 5,20 m de longitud y una altura de 3,86 m, estaba decorado con pilastras estriadas coronadas por capiteles corintios y relieves y rematado por sendos pulvinos, tenía dos dedicatorias idénticas en sendas caras opuestas y puede fecharse en el siglo II dC. Se trata de un tipo de monumento de carácter funerario de procedencia itálica y ampliamente extendido en Hispania. Las dimensiones del conservado en la ermita de la Virgen del Cid son considerables y próximas, por ejemplo, al altar dedicado a *M. Porcius* en la necrópolis de la puerta de Herculano de Pompeya, cuyos pulvinos también están decorados con rosetas. Este mismo motivo, aunque con acabados diferentes, lo encontramos en varios pulvinos de altares monumentales de Barcelona y Tarragona. Según los restos conservados, el monumento no contaba con friso dórico o decoración de guirnaldas en la parte alta del cuerpo principal, como suele ser habitual en los edificios sepulcrales de este tipo. Esta es una solución adoptada en algunos altares como el dedicado a *C. Iulius Felix* en Henchir Messaouer (Túnez), que también tiene los pulvinos decorados con rosetas y en la segunda hilada del cuerpo principal, por debajo de la cornisa, presenta un friso con los signos del

zodiaco. El monumento de la ermita de la Virgen del Cid debe pertenecer a esta serie de altares monumentales que substituyen los frisos dóricos y la decoración de guirnaldas por otro motivos frecuentes en el repertorio iconográfico funerario romano, como los recipientes y los delfines.

Periodos visigótico y andalusí

La información disponible sobre el periodo comprendido entre el final del mundo romano y la conquista cristiana en el siglo XIII es muy escasa. No hay documentación arqueológica de la época visigótica, aunque el hallazgo de un fragmento de placa de cinturón en el término municipal de Cincorres (Castellón) que puede fecharse en el siglo VII dC (Arasa, 1991b), prueba la existencia de asentamientos en la zona. Por otra parte, posiblemente pertenece a esta época, o a los primeros siglos de presencia andalusí, un pequeño asentamiento situado junto a la Rambla (Villafranca) en el que se realizó una pequeña excavación.

Para el periodo andalusí los datos son algo más abundantes. La documentación cristiana de la época de la conquista menciona un *Castello del Cid* en 1195, que posiblemente refleja la existencia de una fortificación anterior. Junto a ella, en diferentes documentos hasta 1212, figura una *Ecclesia del Cid*, posiblemente un edificio también preexistente que ya había sido cristianizado, tal vez el mismo monumento funerario de época romana. Por otra parte, Salvador menciona el hallazgo de “monedas arábigas de Almanzor”. Finalmente, entre la cerámica recogida en el Morrón del Cid hay algunos fragmentos que pueden atribuirse con seguridad a este periodo y fecharse en los siglos X-XII. Todo ello nos lleva a confirmar la existencia de un asentamiento de importancia indeterminada que al menos a finales del siglo XII, ante el avance de las tropas aragonesas, debía estar fortificado y era conocido como un castillo. Por otra parte, en el término municipal de la Iglesuela del Cid se han localizado restos de pequeñas construcciones como los existentes en la Caridad, la Martorella y la Torre Nicasio, que podrían corresponder a pequeños establecimientos rurales de esta época.

Ilustraciones

(124 fotos en 38 láminas a página completa; salvo mención en contra las láminas 1-8 son (c) de Ferran Arasa y las 9-38 de Pere-Enric Barreda)

I) 1. Punta de flecha de sílex blanco de forma romboidal encontrada en el Morrón del Cid. 2. Dibujo del hacha plana de cobre procedente del término municipal de la Iglesuela del Cid y conservada en el Museo Arqueológico Nacional (Rodríguez de la Esperanza, 1996). 3. Vista de la Peña del Morrón.

II) 1. Fotografía aérea del Morrón del Cid con la señalización de los principales restos arqueológicos. 2. Vista del Morrón del Cid desde el SW.

III) 1. Lienzo de la muralla ibérica del Morrón del Cid. 2. Inscripción ibérica conservada en el interior de la ermita de la Virgen del Cid. (MLH E.8.1).

IV) 1. Cisterna romana. 2. Carriladas de la vía romana en el Camino de la Fuente Salla.

V) Inscripciones romanas de la ermita de la Virgen del Cid: 1. Inscripción conservada en el vestíbulo de la ermita (CIL II² 14, 778). 2. Inscripción conservada en la esquina norte de la ermita (CIL II² 14, 775).

VI) Las dos esquinas de la ermita de la Virgen del Cid que conservan inscripciones y elementos arquitectónicos romanos.

VII) Lienzo del muro romano conservado en la ermita de la Virgen del Cid: 1. Parte inferior con la moldura que remata el podio. 2. Extremo superior con la cornisa y un pulvino.

VIII) 1. Frente de un pulvino decorado con una roseta de seis pétalos conservado en la esquina oeste de la ermita. 2. Capitel de pilastra conservado en la esquina norte de la ermita. 3. Relieve con delfines conservado en la esquina oeste.

IX) 1. La “Iglesia del Cid”, reconstrucción hipotética del monumento funerario romano (Centro de Interpretación de la Arquitectura del Maestrazgo, Mirambel). 2. Representación del Cid en un grabado de la Virgen del s. XVIII (CEIG - Centro de Estudios de La Iglesuela). 3. Peirón de San Jaime (Santiago). 4. Detalle de la imagen de San Jaime. 5. Oquedad en la roca, “huella de la pata del caballo de San Jaime”.

X) Mapa comarcal de las Bailías con la toponimia de los siglos XII-XIII, el camino de Jaime I y los problemas de límites (sobre mapa de la Fundació Caixa Castelló).

XI) El paso de Jaime I: 1. Atorella, ahora la masía del Rallo. 2. Pilón de la Loma del Pinar (también los hay en Las Cabrillas). 3-4. El peirón y abrevadero del Camino Real, junto a La Iglesuela.

XII) Mapa físico del término municipal de La Iglesuela con la toponimia del siglo XIII (sobre Arasa, 1983).

XIII) Foto aérea de La Iglesuela y alrededores con la evolución urbana a partir de

la Villa (y calle Ondevilla) con sus torres, muros y cinco portales, luego los barrios del Arrabal y La Costera, y finalmente Las Eras (sobre ortofoto de la DGA).

XIV) La imagen de la Virgen del Cid: 1. en el altar de la ermita y 2. en la vitrina de la iglesia. 3. Pintura junto al altar de la ermita que representa su hallazgo.

XV) Vistas aéreas de los molinos: 1. Alto, Medio y Bajo; 2. Dolz; 3. el Molinete (sobre ortofoto de la DGA).

XVI) Edificaciones de la segunda mitad del XIV: 1. El Hospital (CEIG); 2-3. La Tau de la casa del Blinque, símbolo de la cofradía de San Antonio, y ventanal de la fachada trasera; 4. La fuente San Juan.

XVII) Edificaciones de la segunda mitad del XIV: 1. La fuente del Cid, en postal azul; 2. Laudas del cementerio medieval empotradas en la pared, junto al campanario y sala capitular; 3. Parte posterior del portal de Ondevilla en la fuente del Tirador.

XVIII) Fray Gonzalo de Funes: 1. Reconstrucción de la Casa Capitular de cuatro arcos (de la postal azul). 2. Escudos del Castillo (repintado) y detalle del de la Casa Capitular (de la postal azul). 3. Vista lateral de la torre de los Nublos con su ventanal ajimezado.

XIX) 1-2. Los desaparecidos peirones del portal de Ondevilla y de la Puebla (CEIG). 3-4. Montajes con detalle de los rosetones de los ventanales góticos: Casa Capitular y lonja de la calle Ravalla (iguales), casa de las Notarias (tres grupos distintos).

XX) 1. Canecillo de la iglesia parroquial medieval. 2 Lienzo del arcángel San Miguel, recientemente restaurado (*Ars splendens* 2010: 31). 3. Inscripción del maestro cantero Dionís Belín en el lateral de la inscripción romana.

XXI) 1. La fachada principal de la casa Aliaga (CEIG). 2 Detalle de la torre incluida en el lateral de la casa. 3. Esquina del alero y figura antropomorfa. 4. El pergamino de la genealogía de Castellot: 5-6 enlaces con los Aliaga y Esteban.

XXII) 1-4. Colau Trillas, el herrero artista: soportes y rejas con fechas 1567 (calle San Pablo) y 1568 (calle Ondevilla, la Plaza).

XXIII) 1. La fachada plateresca de la nueva iglesia. 2. La fecha 1577 (1S - LL). 3. Los arcos que forman la crucería de la cubierta. 4. Nervaduras del ábside.

XXIV) 1. El altar mayor barroco del Cid (de postal azul). 2. La pared lateral de la ermita en que se ven las huellas de las reformas posteriores a 1546. 3. La casa sin fechar del ermitorio. 4. La espadaña nueva.

XXV) 1. La casa de Esteban, ahora de García Guijarro, en postal azul. 2. El escudo de la fachada. 3. El impreso de 1625 (AHPZ, Infanzonías).

XXVI) 1. Detalle de la Bailía en el mapa aragonés de Labaña (GEA). 2. Escudo del Molino Medio (1668). 3. Pórtico cubierto de la ermita de Loreto (1685).

XXVII) La ermita del Cid en el XVIII: 1. El Crucifijo tras el camarín. 2. La segunda casa del ermitorio (1715) con su ventana plateresca. 3. El laberinto de cantos rodados (1723). 4. Vista frontal del órgano del coro. 5. La plazuela empedrada ante la ermita (de postal azul).

XXVIII) 1. Detalle del altar del portal de San Pablo (1721). 2. Interior de la capilla

en ruinas de San Pablo. 3. La hornacina de la Virgen en la calle del Hospital (1742). 4-5. Detalle de la fachada e interior de la ermita de San Roque.

XXIX) 1. Detalle de foto aérea de la iglesia y alrededores, en que se aprecia bien su ensanche (sobre ortofoto de la DGA). 2. Trazas del castillo en un plano urbano anterior a la urbanización de la Plaza del Estudio (Álvaro – Paño 1978). 3. La torre campanario y el acceso de las Eras al Solanar (con el peirón al lado, la ventana original del archivo de la Torre de los Nublos, el puente estrecho, y la Fuente Nueva cubierta) (CEIG). 4. La misma fotografía con cambios sobre lo antes mencionado.

XXX) 1. El pórtico del Blinque con su columna de 1729. Los 3 escudos Matutano antiguos: 2. del Blinque, 3. de la calle Ondevilla y 4. de la casa Agramunt (iguales).

XXXI) 1. La capilla de los Dolores construida por José Aliaga (de la postal azul). 2. Detalle de la imagen de la Dolorosa donada por Francisco y María Francisca Aliaga (de la postal azul). 3. Fecha y cruces del Hospital en el dintel de lo que fue Horno Nuevo. 4. Fachada de la casa Agramunt.

XXXII) El palacete Daudén (1773): 1. Cristóbal Daudén Oscáriz, contemporáneo de la reforma (Web). 2. Panel con las llaves antiguas. 3. La escalera rococó, conocida como “El Ruedo”. 4-5 Escudo de los Daudén sobre la escalera y en el altar de San Cristóbal de la iglesia.

XXXIII) 1-2. El Calvario en la actualidad, y su proyecto original (APLI). 3. Escudo de la villa en el nuevo pavimento de piedra de la Iglesia (1849). 4-5. Las lápidas de mosen Carlos Puerto (1872) y del farmacéutico Joaquín Salvador y Benedicto (1896).

XXXIV) 1. Plano urbano de 1915 con tres de las cuatro carreteras (falta la del Cid; la de Portell no se acabó hasta 1929) (AMLI).

XXXV) De la colección de diez postales en azul: 1. La completa vista panorámica, en que destaca el convento de Paúles. 2. Acceso del Solanar (el peirón en el centro, el puente más grande, la Fuente Nueva descubierta). 3. Vista del ángulo entre la iglesia y la Casa Capitular.

XXXVI) De la colección de diez postales en azul: 1-2. Las panorámicas del barranco de la Fuente de San Juan y del barranco de La Canaleta, antes de Herbés.

XXXVII) 1. El capitán Jaime Solsona (1873-1946). 2. Detalle del puente de la carretera del Cid en su construcción (1928) (CEIG). 3. Celebración de 1929 en el Cid, cuando se estrenó el himno a la Virgen de mosen Vicente María Izquierdo (CEIG).

XXXVIII) 1. Manuel Matutano Daudén (1882-1971). 2. Proyecto de nuevo altar mayor de la Iglesia a cargo de las Escuelas Salesianas de Barcelona. 3. Postal que refleja el ocaso de la vida rural tradicional, con Jaime Tena acarreando garbas en La Costera.



Figura I, 1

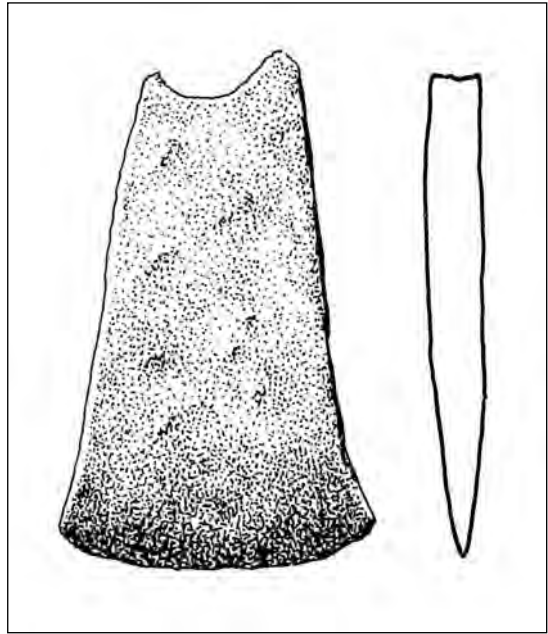
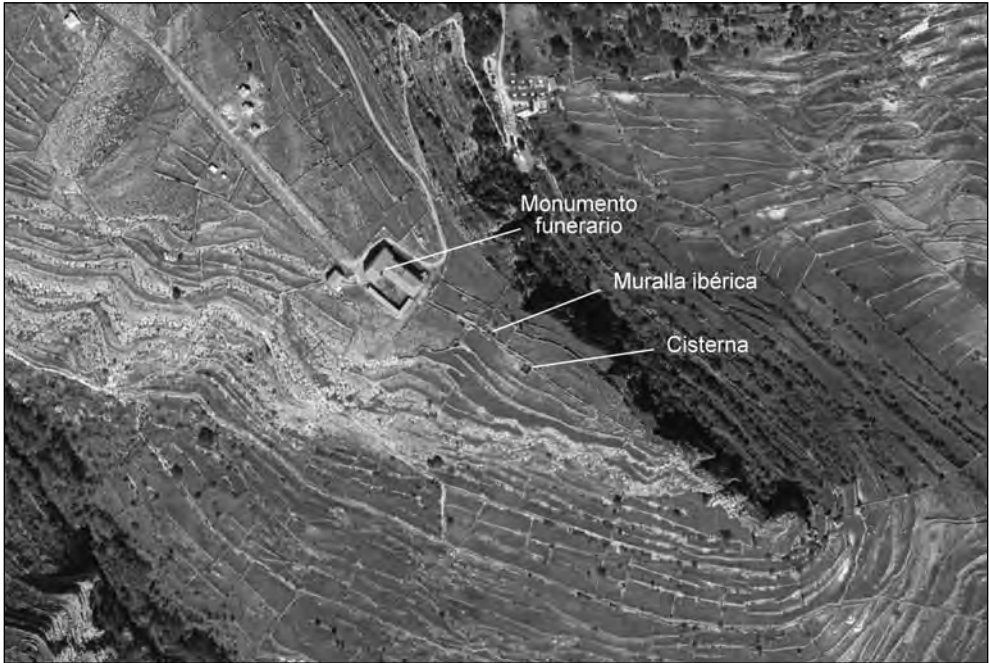


Figura I, 2



Figura I, 3



II, 1



II, 2



III, 1



III, 2

LÀMINA III



IV, 1



IV, 2



V, 1



V, 2

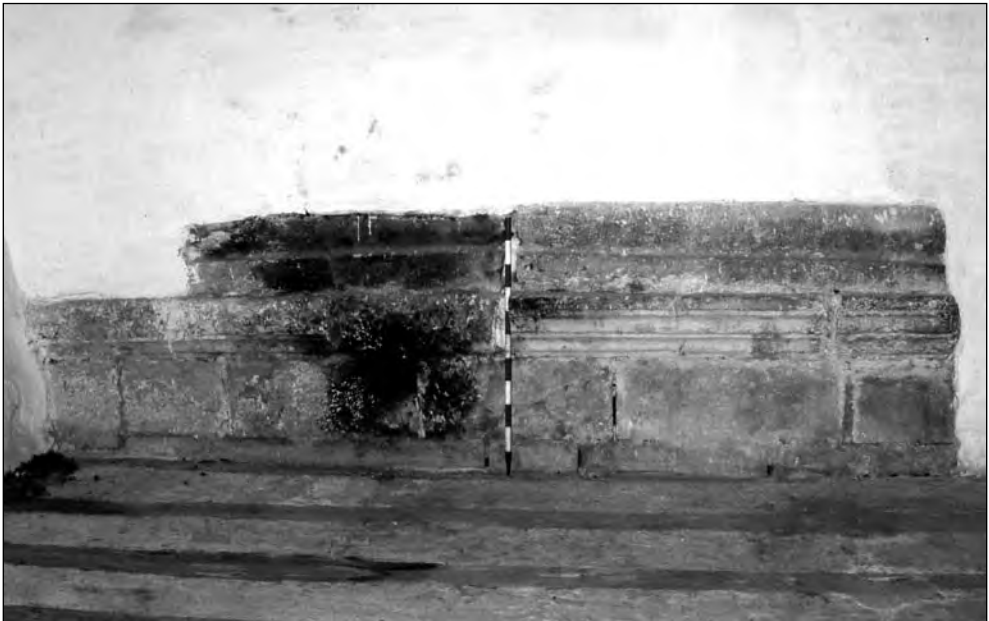


VI

LÀMINA VI



VII, 1



VII, 2



VIII, 1



VIII, 2



VIII, 3